

La trampa de cemento

Los vascos en Venezuela, 1967.

El bloque número 16 del "23 de Enero" alumbró aquel anochecer unas apretadas hileras de lucecitas cuadradas, algunas casi apagadas por las cortinas de papel-periódico, otras que sólo se adivinaban por los resquicios del grosero ensamblado de los cartones.

Las demás ventanas no se veían con los ojos; pero tenían que estar allí, con esa fatal monotonía con que crecen los bloques de apartamentos concebidos para la gente pobre.

Después, a medida que crecía la noche, se fueron apagando las ventanas; como si alguien, al azar, estuviese soplando las hileras de luces de uno de esos lampadarios grandes de las capillas.

Hasta que quedó una sola, como un ojo en vela.

Alumbraba un cajón de cemento sin lucir, que por una boca daba a una cocinilla de kerosén, y por el otro hueco de la puerta se metía en un cuartico oscuro, de donde asomaba a la luz el tubo despintado de un catre.

Aquel bombillo estaba hirviendo mariposas en un quieto silencio de cemento. El hombre que estaba en la cama, una maciza cama con cabezal de madera labrada que ocupaba media habitación, estaba boca arriba y parecía dormido; la mujer tenía su cabeza hundida en el colchón, contra el hombro del viejo (porque el hombre estaba muy chupado, y tenía la barba muy larga y casi enteramente blanca).

Ninguno de los dos parecía necesitar de aquella luz presagiosa que alumbraba en la noche como una lamparilla.

Tampoco sacaba ningún brillo al descolorido baúl con herrajes negros que había cerca de la ventana, ni al camastro cubierto con una sobada tela rosada que estaba frente a la puerta de la cocina.

Lo que había, además, sumergido en esta luz lechosa que es la luz de los hospitales y de los cuartos de morir, era una extraña mesita pintada de negro, llena de frascos y cajitas de medicinas, y, guindados en el muro, juntos hasta tocarse, una imagen de la Virgen de Coromoto, con vidrio y cañuela gris, y un colorido almanaque donde un vendedor de agua arreaba su burrito con la resignación con que vienen haciéndolo todavía en Cabimas, donde no hay más que petróleo.

Había, además, media hija de unos quintos de Oriente, prendida con una de esas pinzas grandes de los loteros.

Aquel silencio del cemento adquiría una dimensión escalofriante con el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

No se oía otra cosa. Ni el lamento de una madera, ni uno solo de los mil pequeños rumores que en las casas de vecindad advierten la presencia de un ser humano cerca.

El silencio de aquel cuarto de cemento era mayor que el de un hueco en la tierra; tenía, y la mujer lo había pensado alguna vez, algo de esa soledad terrible que debe tener un nicho.

De pronto estalló (como debe sonar a un enterrado vivo la paleta del albañil que lo está tapiando) aquel disparo de la cerradura.

Y surgió en la puerta recién abierta un viejo con cara de trapo.

– ¿Es usted, señor Elías?... –dijo la mujer.

El hombre cerró despacio la puerta y se acercó a la cama.

– ¿Cómo está el viejo? –preguntó como si rezara.

El enfermo oyó la voz, porque abrió la boca.

Luego, como no le salía palabra, el recién llegado le tomó la mano, y se la apretó.

Las dos manos rugosas se abrazaron, silenciosamente.

Después, el hombre anduvo en la cocina. Seguramente comió algo.

La mujer, que tendría unos treinta años y llevaba desmañadamente un amplio vestido de percal azul, quedó sentada en el borde de la cama con el aire de no saber dónde posar la mirada.

Cuando el recién llegado se le acercó y le puso la mano en el hombro, debió decirle algo con los dedos, porque ella pareció agradecer, y a su vez se interesó por él:

– ¿Y cómo le fue hoy su día, señor Elías?...

– Ahí... regular...

Entonces fue cuando el mendigo, para no dar otra explicación, se acercó a la puerta de entrada y apagó la luz.

Luego se metió en su cuarto.

Pero regresó, y dijo al oído de la mujer, que estaba todavía sentada sobre el colchón:

– Cualquier cosa, me despierta, Lucía...

Y se inclinó sobre la cama, y dijo:

– Viejo...

Le puso la mano en su brazo.

– Buenas noches, viejo...

El enfermo no debió oír nada, porque no dio señales.

Ya el recién llegado se estaba acostando, cuando la mujer lo llamó:

– Señor Elías... ¿usted apagó ya la luz?

– Sí.

– Bueno.

Luego que tuvo esta precaución, la ciega se echó junto al cuerpo inmóvil de su padre.

Entraba por la ventana una luz blanca de luna que la mujer no veía.

Buscó la mano del anciano, puso su palma contra la de él, y se cruzaron silenciosamente los dedos.

Como para un paseo juntos.

El impresionante silencio del cemento comenzó entonces a perder la voz de las mariposas, y la ciega presintió la soledad.

Fue cuando se levantó y prendió la luz.

– ¿Qué pasa, Lucía? –preguntó el hombre desde el otro cuarto.

– Es que prefiero que papá vea la luz prendida –dijo.

Luego la ciega se quedó esperando un rato.

Pero como el señor Elías no pareció molestarse por eso, se volvió a recostar junto a su padre.

"Ahora regresarán las mariposas", se dijo ella, tentándole el brazo.

Y esperó el batir de las alas contra el bombillo.

Oyó también que comenzaba la difícil respiración del señor Elías en el otro cuarto, que se lo tenían alquilado para ayudarse un poco.

La ciega puso la mano sobre la frente arrugada del viejo, que estaba sudada y fría, y le dijo con esa voz inteligente de los que no ven con los ojos:

– ¿Cómo te sientes, papá?...

En aquel silencio, que silbaba ahora con estertor de asmático desde la boca del otro cuarto, se oyó una queja livianita, como un vagido.

Entonces ella le ofreció a sorbos de voz un poco de agua, una tacita de café caliente, una medicina, lo que había en la casa.

El enfermo no daba señales de querer nada, y la ciega le dio un beso prieto y larguísimo en la mejilla, como si con eso quisiera calentarle la vida.

Luego, se calló los sollozos, juntó su cabeza a la de él, y con los cinco espantados ojos de sus dedos buscó en el suave golpetear de la sangre el aliento del viejo.

Todo el cuerpo sensible de la ciega se paralizó para sentir a su padre en la leve pulsación de su muñeca.

Hubo un momento en que la sangre corrió y tropezó en la vena como si llevase la prisa de algún recuerdo, y la ciega se imaginó en su oscuridad llena de tientos que era que el viejo estaba corriendo por su vida de Uchire, oloroso a yerbabuena y a ganado, con mamá trajinando en la cocina; con Sebastián, su hermano, acompañándole de regreso del campo en las tardes; con las silenciosas veladas en la oscuridad luminosa de aquel amplio corredor donde la voz tenía un cielo más grande y no sonaba a cajón, como en estas casas de la ciudad.

Ella sabía que el pulso era como el reloj de la vida, y que no era siempre igual, sino que se apuraba y se cansaba, como las personas cuando corren, y como el latido de la vieja planta eléctrica que tenían en el caserío.

Y sabía muy bien que hasta se podía apagar en medio de la noche.

Cuando el pulso del viejo se fatigó de aquella carrera, la ciega se imaginó que estaría tomándose un descanso. Y resultó así, porque después recomenzó a caminar, aunque más despacio.

Ella supo cuándo la cabeza del viejo estaba recordando la muerte de mamá, que había ocurrido una mañana, mientras preparaba el almuerzo.

El viejo se había quedado una semana tirado en el moriche, sin probar bocado.

La ciega se dijo (quién sabe por qué extrañas asociaciones) que podían ser las dos. Se oía todavía entre los estertores del señor Elías, el sordo rebullir de las mariposas en torno al bombillo.

Ella estaba tan abismada escuchándolo, que tardó en advertir que el latido del viejo se había detenido suavemente, como una boca de niño cuando besa.

La ciega se incorporó y le sacudió la mano, que tenía la flacura y la rigidez de los huesos. Y volvió, por fin, la vena a hincharse regularmente, como si la sangre estuviese pasando lentamente unos nudos.

Sería que el viejo andaría ya por la ciudad, porque la ciega lo sintió con la misma congoja que cuando Sebastián los llevó a ver la casita que había comprado en Monte Piedad con los reales que les habían dado por la casa de corredor de Uchire.

– "Lucía –le había dicho entonces el viejo– esta es una casita muy bonita"...

Pero ella, que veía con los ruidos y las voces, se dio cuenta que a su papá se le estaba derramando el alma por aquel piso de cemento; como estaba escapándosele ahora, que le notaba el pulso tan extenuado.

En la nueva casa metieron la cama grande y algunas cosas más que papá hizo traer por un transporte de camión. Después, su hermano se trajo a la casa una mujer, y a los dos meses, como ocurre siempre, acabó llevándosele con ella.

Desde entonces, que es cuando quedaron perdidos los dos campesinos en la ciudad, estaba enfermo el viejo.

Aquí no era como en el pueblo, donde se podía comer con sólo soltar unas gallinas y un par de cochinos, o sembrar unas papas o recoger unos cambures.

Luego comenzaron las visitas del médico, y las medicinas, y terminaron vendiendo la casita de Monte Piedad para venir a mudarse a este bloque de cemento.

Hubo un largo reposo de la sangre, que estaba latiendo levemente en la descarnada muñeca del viejo.

– Dígame eso –y ella se imaginó al viejo diciendo, con la vergüenza en la voz– un campesino vendiendo lotería... Fue cuando a ella comenzaron a alargársele los días hasta casi la media noche, esperándolo.

El golpeteo lento y apagoso de la sangre en la yema del dedo de la ciega comenzó a hacerse más livianito, tanto que ella tuvo conciencia de que ya se estaba rompiendo, despaciosamente, aquel delgado y ya apurado hilillo, que primero sintió como si fuese de algodón que se podía agarrar, pero que poco a poco resultó ser de aire, de esa nada que dicen que nació con un soplo y que es verdad que se desvanece con sólo un suspiro...

La ciega tuvo la extraña impresión de que había terminado de apagarse la plantica de la luz eléctrica en Uchire.

Aunque acostumbrada a estarse sola en aquella inmensa noche suya de la ceguera, comprendió de pronto lo que es quedarse sin nadie a quien sentir cerca.

Entonces advirtió también que las mariposas se habían quemado ya en la luz del bombillo.

La soledad le sonó como aquel silencio.

Lo que la ciega pensó en el centro mismo de aquel dolor sin orillas es que no debía despertar al señor Elías, que estaba tan cansado, el pobre, y tan viejo.

Fue un silencio largo, que comenzó a enfriarse.

Luego buscó sus ojos, y los cerró. Le peinó cariñosamente las barbas con sus dedos. Y le besó la boca, y le juntó las manos.

La ciega, que en su angustia había perdido el ángel de su instinto, se arrodilló entonces frente al humilde burrito del aguador, que estaba pegado a la Virgen de Coromoto, y le dijo cosas que sólo a alguien que se quede completamente solo en el mundo se le pueden ocurrir.

Después se levantó y apagó el bombillo.

Fue un larguísimo amanecer del que la ciega no alcanzó a ver nunca la luz.
Así fue como el señor Elías la encontró velando el cadáver de su padre.
Nadie más que ella, en el enorme ámbito de cemento, había sentido morir al viejo.